

LAS EDADES DEL CUENTO

El propio cuento acusa sus recónditos e impenetrables arcanos reflejados por las formas iniciales, que aunque ambiguamente, tratan de sugerir la idea de la época en que tuvieron lugar los sucesos que van a referirse; ello es:

Quando las bestias hablaban,
los árboles cantaban
y las piedras andaban...

En aquellos tiempos
en que los pájaros tenían dientes...

Edades mucho anteriores al cálculo prehistórico que sobreviven aún en la creencia de las gentes sencillas, más de un narrador con algún recelo por temor al efecto que ello produciría en nuestro ánimo nos ha dado a entender que no tenía por imposible que los animales hablaran, e incluso y a manera de patraña nos ha contado algo de lo que decían los seres y los objetos inanimados los cuales no tan solo gozaban del don de la palabra, sino que hablaban de manera rimada y melopeica y con la musicalidad que sublima la palabra de los dioses y de los seres míticos que poblaban el mundo de maravilla teatro de las portentosas hazañas narradas por el cuento. Según una anciana barcelonesa, los árboles frutales al ser vereados para hacer caer su fruto clamaban; —No me pegues más. Al serles éste arrancado, con suavidad pedían al campesino: No me quites la fruta—. Y cuando el leñador lo golpeaba con el hacha le pedía en tono lastimero: —No me hagas daño—. Y los pozos al ver bajar a su interior los cubos empleados para extraerles el agua exclamaban dirigiéndose a quien trataba de quitársela: —No me hecheis más cubos—. El murmullo de las hojas producido por la brisa es interpretado como el rumor de las conversaciones de los vegetales y aún hay quien cree sorprender algunas palabras de su conversación.

Según el P. Barandiarán observa que si se examina la ficción de las narraciones en su conjunto se observarán ciertas particularidades que están muy

difundidas muchas de ellas se desarrollan en una era prehistórica en la que nadie moría, cuando tanto los pájaros como los demás animales hablaban, cuando los hombres podían vivir sin fuego ni herramientas, cuando el sol estaba cerca de la tierra, y así sucesivamente.

Es muy digno de observar como los cuentos de animales nos los presentan situados en un plan psicológico y social semejante al del hombre y en una categoría perceptiva superior a éste hasta tal punto que su conducta sirve de ejemplo y de enseñanza. Esta suerte de cuentos de manera inconsciente viene a establecer la prioridad del animal acerca del hombre que le sirvió de espejo en su más primario encestralismo. Es así mismo de advertir que en los casos de agudeza y de astucia a menudo la del animal supera a la del hombre y no siempre es este el que ofrece ejemplos a la bestia. Abundan las leyendas de poblaciones fundadas por siete animales de una misma especie nacidos por efecto de un parto humano maldito, pero no nos es conocido el caso de animales que produzcan hombres. Los barceloneses descendemos de siete gorrinillos que parió nuestra primera reina por efecto de la maldición de una mendiga. Entre la vieja nobleza barcelonesa el apelativo de *porcell*, equivalente a gorrinillo, fué el mayor de los títulos, y los así llamados ostentaban un cochinillo en su escudo. Esta leyenda genealógica y de fundación de población ofrece numerosas variantes que nos suponen a los barceloneses descendientes de cachorros, oseznos, mininos, cabritos, y aún de lobatos a semejanza de los magnates romanos amamantados por la loba que representaba la madre de la gran Roma.

Y no tan solo hay narraciones que confunden las ideas del animal con el hombre sino que aún las hay en menor número que lo relacionan con el vegetal. Los vecinos de Mataró cuentan que nacieron de una mata y de ahí el hombre y la mata que ostenta el es-

cudo de esta ciudad. Los de la villa de *l'Alzina*, es decir, de la encina, aseguran que los primeros pobladores nacieron del tronco de una encina gigantesca que se conservó hasta hace poco en un bosque cercano a la población. Lo propio decían los vecinos del Pinell de un arrogante pino que se erguía en el centro de la plaza. Los habitantes de Sant Pere de Riudebitlles son tildados cáusticamente de cebollones, y según la narración tópica que de ellos cuentan sus vecinos de localidad, sus fundadores y primeros pobladores nacieron de un cebollón o bulbo gigantesco. Podríamos repetir multitud de ejemplos.

Y aún conocemos alguna narración en la que se establece relaciones humanas no ya con animales ni vegetales sino con la propia piedra. Los vecinos de Sant Martí Sarroca se creen oriundos de unas gentes salidas del interior de una peña o roca cercana a la población, en la cumbre de la cual durante la noche de San Juan se cree aún que acuden las brujas para celebrar sus conciliábulos y entregarse a orgías desenfundadas. La población de Cardona se cree derivada de unas gentes salidas del *forat micó*, covacha abierta en las montañas de sal gemma que emergen en las afueras de la ciudad y según ellos su tez se asemeja a la de la sal de la que participa asimismo su carácter, que entre los varones adquieren rasgos de bravura y de graciosa gentileza entre las mujeres. La mayoría de los habitantes de las poblaciones cercanas a cuevas naturales o a monumentos megalíticos especialmente por las comarcas montañosas, pretenden derivar de gentes que vivieron en aquellas cuevas o cobijados bajo las losas gigantes de los dólmenes, y aún cuentan a los niños para explicarles su procedencia, que fueron hallados tendidos en el césped entre el pedregal que comunmente cubre el suelo de las cuevas y de los megalitos, césped que también tenía su participación en el hecho del nacimiento. Y para justificar mejor sus palabras los padres establecían una estrecha relación entre el dolor de los pedruscos de las cuevas y de las pedrazas de los cólmenes con el de la tez de

sus pequeñuelos. Y la conseja asegura que uno de los castigos más usados por los magnates y señores medievales para con sus vasallos era el de convertirles en piedra, cosa que no resultaba difícil pues que ya fueron de piedra antes de venir al mundo, ya que según un refrán muy usado con referencia al destino postrero de nuestro cuerpo después de la muerte asegura que:

De la tierra venimos
y a la tierra volvemos.

Para tornar una persona piedra bastaba confundirla con ésta por un tiempo. Junto a las puertas de las iglesias hubo unos bancos de piedra en los que sentaban a los delincuentes sujetos a la pared por el cuello y por los tobillos con gruesas argollas de hierro que les privaban todo movimiento. Así expuestos a la vergüenza pública eran vistos por cuantas personas acudían a los santos Oficios y su castigo servía de ejemplo. Al cabo de un tiempo de estar allí sujetos e inmóviles ayudados por la acción del tiempo no tardaban en perder sus ropas y su cuerpo era tan confundible con la piedra de la fachada del templo que se hacía difícil distinguir a distancia si se trataba de un delincuente o de una de las estatuas que embellecían las fachadas; y de algunas de ellas se cuenta que habían sido vasallos del señor feudal. Entre otros se atribuye estos castigos al Conde de Ampúrias y al Abad del monasterio de Ripoll. Entre las estatuas que embellecen la fachada de la monumental iglesia gótica de Castelló d'Ampúries y de la fachada románica del siglo XII del monasterio de Ripoll según la voz popular las hay que fueron siervos del conde y del abad castigados a la pena de convertirse en piedra y según la conseja hasta hace poco aún se conservaban clavadas en la pared de las referidas fachadas las récias argollas de hierro destinadas a sujetar a los infelices.

Estas narraciones y creencias parecen rememorar ecos de un pasado prehumano y tenuamente percibido desde una remoto asaz obscuro y nebuloso.

Juan Amades

(Continuará)